

## El último verano con Zafiro

Juan Gerardo Aguilar

La obsesión que tenía Edna por encontrar la verga con el peso ideal no era nueva. Y aunque Tomás lo sabía bien, optó por echarlo al costal de la apatía, junto con las demás cosas que hubiese preferido ignorar para siempre sobre su esposa.

Su relación fue lujuria a primera vista. La deseó desde que la vio montada en el mamut del carrusel, en la feria de Pueblosolo. Esa noche, a medida que ella saboreaba su cono doble, despertaron en Tomás las ganas de tenerla para siempre. Igual que el resto de los mirones, solo tenía ojos para aquella lengua que iba y venía con destreza sobre el helado, esculpiendo formas raras de crema y vainilla.

Jamás había sentido eso. Era parte deseo, parte enamoramiento y parte calentura. «Te amo hasta los huevos», le dijo tres meses después, en su noche de bodas, con voz trémula y con palabras mitad movidas por el placer, mitad por la incredulidad. «Dime que también me amas, por favor», suplicó, mientras se aferraba a la perfecta redondez de las caderas de una Edna que al ser embestida por detrás solo pudo soltar por lo bajito un «Sí, lo que tú digas».

En todo Pueblosolo se escucharon los chismes respecto a ese matrimonio. Para las beatas cotorras y una que otra envidiosa era bastante clara la desfachatez de «esa buscona, que aprovechó la oportunidad para casarse con el carnicero, por pura conveniencia y así tapar todas sus puterías».

Los rumores tenían sin cuidado a Edna y no le molestaban en lo más mínimo. Incluso, con el transcurrir de los meses llegó a encontrar cierto nivel de felicidad en la rutina de la vida conyugal. Ayudaba a Tomás en la carnicería y este, enculado hasta el tuétano con ella, estaba dispuesto a lo que fuera con tal de mantener contenta a su mujer, pero sobre todo, para tenerla siempre a su lado.

Por supuesto que era agradable ver sus nalgas, grandes y redondas, enfundadas en *leggings*. Por supuesto que era una delicia admirar todo eso cuando se agachaba para sacar la carne del refrigerador. Solo que Tomás no era el único aficionado a aquel espectáculo. Si bien la suya no era la única carnicería del lugar, sí era la más próspera, pero sobre todo, la única donde despachaba una mujer como Edna. El pulular de clientes era constante, incluso había quienes acudían diariamente a comprar retazo, molida o algún corte, lo que fuera con tal de verla.

Ante esto, Tomás sentía un ardor que comenzaba en el cogote, continuaba en su bajo vientre y terminaba en unas ganas casi incontrolables de matarlos a cuchilladas. Había tomado la deci-

sión de amarla hasta los huevos, sí, pero eso también implicaba tolerar a la turba de gañanes que orbitaban a Edna. Ahí supo que el miedo a perderla no se comparaba con sus celos. Aprendió a enjaretarse una mueca de falsa ecuanimidad y a echar sus emociones en el costal de la abulia, junto con las cosas que paulatinamente descubría acerca de su esposa en voz de ella misma. Fue así como se enteró de la obsesión y la búsqueda.

Todo inició durante un verano con tía Zafiro. Fue el año en que aceptó alojar a su sobrina por última vez porque cumplía quince años. Lo hizo de mala gana y por mero compromiso. No podía negarse porque estaba en deuda con su hermana mayor y su cuñado, debido al préstamo que le hicieron para que pudiese montar su salón de belleza cuando decidió irse a vivir a Costabrava.

Ese verano fue especialmente caluroso e insoponible. Edna no conocía a nadie de su edad en aquel lugar, así que no quedaba de otra que pasar la mayor parte del tiempo ayudando a tía Zafiro en el salón. Al principio pensó en llamar a sus padres para que fueran por ella. No estaba dispuesta a barrer los mechones de cabello. Sin embargo, a medida que pasaron los días, Edna desarrolló una afición especial, que consistía en escuchar las historias de las clientas, quienes aprovechaban la intimidad del salón de belleza para contar sus aventuras amorosas.

La adolescente ponía atención e imaginaba a los amantes rubios, negros, morenos, peludos o lampiños que se metían entre las piernas de aquellas señoras. Su imaginación recreaba todas las situaciones posibles, las nalgadas, los gemidos, los gritos, las mordidas, las chupadas, las venidas.

—¿Y esta escuincla? —preguntó una de las clientas más asiduas, cohibida por la mirada atenta de Edna.

—Es mi sobrina, pero todavía no le punza la cola, así que no hay problema —respondió Zafiro en medio de una marejada de risas.

Lo que la tía ignoraba era que con esos quince años, las punzadas de su sobrina eran tan intensas

y húmedas que debía cambiarse las pantaletas dos o tres veces diarias. No era en sí la descripción del acto sexual lo que disparaba sus hormonas y la cachondez de Edna, sino esos pequeños detalles que parecían pasar desapercibidos para aquellas mujeres, pero que resultaba cruciales para la chica a la hora de recrear su propia versión de esas historias.

Edna ya había tenido algunos roces y toqueteos con amigos y compañeros de la escuela; sin embargo, escuchar los relatos de las clientas fue realmente revelador. Nada parecía compararse con el placer de recrear en su cabeza las proezas que esos hombres hacían arriba, abajo, por delante y por detrás. Guardaba eso como si fuesen instantáneas mientras barría con desinterés fingido. Más tarde, en la soledad de su cuarto, echaba mano de las postales guardadas y daba vuelo a su deseo, a sus dedos y a su clítoris.

No obstante, hubo una historia que llamó particularmente su atención, un relato que se enquistó en su mente y sería determinante para detonar su obsesión y la búsqueda.

—Te lo juro, Zafiro —relataba una de las clientas más guapas—. La tenía tan grande y gruesa que hasta me dieron ganas de ir por una báscula para saber cuántos gramos o kilos de carne me estaba metiendo.

Edna sintió una punzada que escurrió por su entrepierna. Jamás se había sentido tan caliente. Soltó la escoba, se dirigió al baño y liberó la ansiedad que también hormigueaba en sus pezones. Ahí, en la intimidad de ese espacio, mientras ahogaba sus gemidos mordiendo una toalla, vino la revelación y entendió que solo sería feliz cuando encontrara una verga con el peso ideal. «Debe existir una», dijo para sí, al tiempo aquella obsesión tomaba forma de impulso vital.

Luego del verano, Edna jamás volvió al salón de tía Zafiro. En cambio, dedicó los años siguientes a una búsqueda que se prolongó lo suficiente para comprobar que la mayoría de los hombres eran más lengua que verga, y que la masculinidad era un mazapán que se desmoronaba en cuanto sacaba de su bolsa la báscula portátil.

—¿Por qué lo haces? —preguntó un chico alguna vez.

—No lo entenderías —respondió ella mientras acariciaba la verga con su mano para después meterla en su boca.

Edna también investigaba al respecto. Así pudo averiguar que un pene promedio, con todo y testículos, pesa cerca de ciento cincuenta gramos en estado de flacidez y alrededor de doscientos, en erección. Aunque también leyó acerca de vergas célebres como la de Frank Sinatra o Rasputín, cuyo tamaño superaba por mucho el estándar, lo que también significaba mayor peso. Quizás por esa razón le pareció que el conserje de la preparatoria podría ser buen prospecto.

Todo iba bien. Las cosas estaban dándose con naturalidad. Edna ya había notado el bulto que emergía del pantalón de aquel hombre que le parecía tan viejo y a quien ella no le era indiferente. Sentía atracción por sus manos fuertes, capaces de llevar de un sitio a otro la pila de llantas para educación física y, al mismo tiempo, tan delicadas como para rescatar un canario y ponerlo a salvo de los gatos que mero-deaban los jardines de la preparatoria.

El encuentro tuvo lugar en el séptico. Edna estaba decidida a comprobar si el bulto que veía era lo que imaginaba. Esperó el momento justo para acercarse y acrecentar el interés del conserje en ella. Lo vio aspirar el olor de su perfume: mezcla de cachondez pura, con notas de jazmín, almizcle y canela.

—Me van a correr —dijo él, moviendo la cabeza de un lado a otro nerviosamente—. No me dejan hablar con las alumnas.

—Ya lo sé, pero tú y yo ni siquiera vamos a platicar —soltó ella.

En efecto, era la verga más grande que había visto y probado hasta entonces. Podía sentir y gozar las acometidas del conserje quien, pantalones abajo, se deshacía en un ir y venir, mientras sujetaba con ambas manos las caderas blancas y generosas de la chica, que se movían en círculos para darle una cogida que recordaría durante toda su vida. Luego, tumbado boca arriba sobre el piso, el conserje vio su felicidad

con el rostro de Edna, en tanto que ella se preguntaba si la tranca sobre la que estaba montada era realmente lo que buscaba.

No hubo tiempo para comprobarlo. Fue una maestra persignada quien descubrió la escena que no borraría de su cabeza ningún novenario. Edna sostenía la verga del conserje, como si estuviese ayudándolo a orinar, al tiempo que trataba colocarlo en la báscula gramera que siempre traía consigo.

Aquel hecho le valió a Edna la expulsión de la preparatoria y al conserje el despido. Incluso papá y mamá estuvieron a punto de hacer caso a la recomendación de la psicóloga respecto a internarla en una clínica para la rehabilitación de las emociones.

Finalmente, decidieron que lo mejor era dejar Ciudadmaltrecha. En el fondo, albergaban la esperanza de que el cambio de ambiente influiría para bien en la extraña afición que mostraba su hija a sus dieciocho años. En cierto modo así fue. Edna hizo una pausa en su búsqueda y terminó la preparatoria. También ayudaba a su madre en el negocio de elaboración de conservas que pusieron luego de su llegada a Pueblosolo.

Años después a la muerte de sus padres, Edna siguió con el negocio familiar pero reinició la búsqueda. Al mismo tiempo se volvió experta en la elaboración de salmueras y conservas. Eso le permitía vivir holgadamente y tener tiempo suficiente para seguir buscando. Su clientela se componía de hombres en su gran mayoría. Los chismosos llegaron a afirmar que incluso el mismísimo cura llegó a ser uno de sus clientes asiduos, igual que el maestro de la secundaria y hasta Jonás, el borrachín de Pueblosolo.

De todos ellos, Jonás era el favorito. Tenía una verga grande y gruesa. Edna lo descubrió una noche, por accidente, mientras caminaba por una callejuela a espaldas de la cantina. Lo observó tirado en el piso, junto al contenedor de basura, con la bragueta abierta y una erección formidable asomándose. Avanzó despacio y, a medida que se acercaba, comprobó que, efectivamente, el borrachín era un buen prospecto.

Trató de moverlo picándole las costillas con la punta del zapato, para ver si estaba vivo. A lo que

Jonás respondió con un pedo sonoro y muy largo, como clara señal de que se encontraba en la fase más profunda del sueño etílico. Sin embargo, su tranca seguía parada, con el pequeño ojo rasgado mirando hacia el cielo nocturno de Pueblosolo.

No fue difícil detener un taxi, la verdadera hazaña fue convencer al taxista para que la ayudara a subir al coche a un borracho con la verga de fuera. Al final, tuvo que darle una propina generosa para que también la ayudara a meterlo a su casa.

Como pudo, Edna lo recostó en el tapete de la sala, le desabrochó el pantalón y lo bajó a la altura de las rodillas. Seguía maravillada: la erección estaba tal y como cuando lo encontró. Fue por la báscula a su recámara y rodó a Jonás hasta colocarlo de lado para facilitar las cosas... Doscientos gramos, ni más ni menos.

Volvió a colocarlo boca a arriba, con la tranca aún tiesa. Pensó en montarlo pero el olor que despedía Jonás hizo que se arrepintiera. Optó por masturbarlo y masturbarse. El borrachín pujaba un poco, aunque no lo suficiente para despertar. Edna siguió la faena. A cada rato liberaba un escupitajo sobre la punta roma y brillante de esa verga, para seguir lubricando sin perder el ritmo. Aceleró sus movimientos hasta que se convirtió en una abundante fuente lechosa, que le salpicó la cara y todavía alcanzó a escurrirle por el dorso de la mano, mientras ella alcanzaba un orgasmo que dejó mojada la alfombra.

A la mañana siguiente, Jonás despertó con una cruda espantosa. Definitivamente no había sido buena idea mezclar whisky con Rivotril. Tardó varios minutos en tomar consciencia de que estaba en la sala de una casa extraña. Cuando Edna apareció, él se volvió un caos tratando de decidir entre incorporarse o subirse los pantalones.

—Veintidós centímetros y doscientos gramos —dijo Edna, mientras bebía agua con ralladura de limón de un vaso.

Abrió la cortina de la sala. Una luz blanca y agresiva explotó en los ojos de Jonás, quien calculó que no era una laguna, sino un golfo mental lo que estaba experimentando. ¿Dónde estaba? ¿Qué había

sucedido? Hizo lo que cualquier borracho hace en esos casos: revisarse el culo para ver si no había ningún objeto extraño y luego el resto del cuerpo para comprobar que todos los órganos siguieran dentro.

—¿A poco tienes miedo o vergüenza? —punzó Edna—. Si anoche estabas ahí todo tiradote, con la verga de fuera en la calle. Tranquilo, solo estamos tú y yo. No sé, pero me inspiras confianza.

Se sentó junto a él. El contraluz generaba una transparencia deliciosa en su bata. Detrás de la fina tela de algodón, Jonás podía ver sus tetas redondas, blancas, bien formadas y bien puestas, coronadas por dos pezones color café claro.

Edna le contó todo lo que había sucedido la noche anterior. También le contó lo de su búsqueda. Jonás no podía terminar de entender lo que escuchaba. Pero al cabo de un rato, ambos ya estaban hablando como si se tratase de un par de antiguos conocidos.

—¿No te da miedo que te haga algo? —cuestionó Jonás.

—Solo desconfío de quienes esconden sus vicios —respondió Edna, luego de negar con la cabeza—. Esos sí son peligrosos, para que veas.

Así tuvo origen el *arreglo* entre ambos, que duró hasta que ella se casó.

Si bien Edna dedicaba bastante tiempo a su obsesión, lo cierto es que a veces también se preguntaba cómo sería llevar una vida más o menos normal. Es decir, en caso de encontrar lo que buscaba, ¿qué vendría después? Pensaba cómo sería estar con un solo hombre que fuera capaz de brindarle lujuria, amor y protección.

Motivada más por este pensamiento, aceptó casarse con Tomás luego de tres meses de noviazgo. A final de cuentas, él era bastante bueno en la cama y se veía bastante guapo con su mandil ensangrentado atendiendo en la carnicería. Por eso la misma noche en que se conocieron, Edna decidió mostrarle lo que era capaz de hacer con la lengua y con todo su cuerpo.

De verdad gozaba al coger con su marido. En especial en el negocio, en medio de esa atmósfera cárnica, entre reses y puercos troceados. Había algo

antinatural en ese ambiente que la ponía de más caliente y dispuesta a todo. Por eso ella pensó en la posibilidad de abandonar la búsqueda y estacionarse para siempre con Tomás.

Una noche improvisaron un colchón con bistecs. Jamás había sentido algo igual. Toda esa carne fresca, viscosa y blanda debajo de ella, impidiendo que se lastimara la espalda cada que Tomás arremetía, enredado entre sus piernas. Aquel olor y la sensación, el hecho de estar rodeada por tanta carne hizo que se enamorara de su marido.

Edna estaba contenta con el matrimonio, pero al cabo de dos años, su cabeza no tardó en retomar aquel impulso vital que le desbloqueó los chacras durante la adolescencia. Por eso optó por revelar a Tomás varios aspectos de su vida, poco a poco, hasta que terminó por dejar al descubierto su obsesión.

—¿Y cómo vas a saber si es el que buscas? — preguntó el marido, todavía apendejado por las confesiones de su esposa.

—Lo sabré cuando lo encuentre, pero te prometo que cuando lo halle, dejaré de buscar y seré para ti nada más — consoló ella.

Las obsesiones son cabronas y crecen como hiedra, Edna lo tenía perfectamente claro. Por eso volvió a buscar a Jonás, por una parte para recordar el acuerdo que tenían y, por la otra, para retomar, porque a final de cuentas, cuando ya no tienes nada que ocultar a quien amas, absolutamente todo deja de parecer insuperable.

Ahora más que nunca, Edna estaba convencida de que su paso por este mundo tenía un verdadero propósito. Encontrar la verga con el peso ideal era lo que necesitaba para terminar de abrirle las puertas y las piernas a la felicidad.

Aprendió a desarrollar su búsqueda al mismo tiempo que se entregaba a nuevas experiencias con Tomás en la cama. Su matrimonio era una especie de contrato de complicidad no escrito: él la dejaba hacer lo suyo, en el entendido de que, una vez cumplido su objetivo, dejaría de buscar y sería suya para siempre, porque ella era su vida.

Quizás por eso nadie interpretó la llegada del circo como una señal. Los promocionales llovían desde el alto cielo de Pueblosolo. Era la gira de despedida, las últimas funciones con animales antes de que entrara en vigor la ley que prohibía el empleo de bestias y fieras en actos circenses. Los tigres eran anunciados como el acto principal.

Por supuesto que Edna y Tomás asistieron. Sin embargo, en vez de entrar, y una vez iniciada la función, se las ingeniaron para escabullirse hasta el área de las jaulas de los animales. Ella traía puesto un vestido azul corto y debajo de este, una tanga negra. Como siempre, Tomás se dejó guiar por su esposa, tal y como ocurría cuando se trataba de hacer algo nuevo a la hora de coger.

Los animales del circo, acostumbrados a la presencia humana, se limitaron a dirigirles miradas cansinas. Solo los monos pusieron especial atención en aquella pareja que avanzaba con paso cauteloso, vigilando de vez en vez en derredor suyo.

Llegaron hasta la jaula de los tigres y observaron a los felinos, que permanecían echados como esfinges, de cuando en cuando se relamían los bigotes. Al principio no se inmutaron con la presencia de la pareja. Fue hasta que Edna se recargó en los barrotes cuando llamó la atención de uno de los machos, que abandonó su esquina para acercarse lentamente. Edna se sujetó de los barrotes con los brazos hacia atrás y los codos a la altura de la sien, mientras Tomás, arrodillado, metía la cabeza entre sus piernas y hacía a un lado la tanga para serpentear con su lengua el clítoris de su esposa y saborear las reacciones líquidas de su vagina.

Edna comenzó a gemir y aquella explosión de feromonas fue percibida por el tigre, que se acercó aun más, hasta ubicarse a centímetros los dedos de aquella mujer que se movía muy distinto a sus domadores. La intensidad aumentó, Tomás convirtió su lengua en una saeta que acometía con mayor fuerza y se deslizaba hasta probar el culo de su mujer, mientras los muslos de ella descansaban sobre sus hombros.

De pronto, Edna sintió otra caricia también hú-

meda, pero en los dedos. Contrario a su naturaleza, el tigre no arrancó la mano femenina, sino que comenzó a lamerla. Aquella mezcla de placer, miedo y adrenalina puso más caliente a Edna, quien no tardó en venirse en la boca de Tomás, hasta que ambos cayeron sobre los montones de paja que alimentaban a los caballos, ante la mirada impávida del felino.

Una vez que se recuperaron, Edna y Tomás se alejaron sin percatarse de que eran observados por Jonás y el enano del circo a través de la ventana del remolque de este último. Ambos dejaron de beber para observar a detalle la inesperada sesión de porno en vivo. El enano se trepó a un sillón para tener mejor perspectiva, lo que hizo inevitable dejar al descubierto el efecto de ver aquella escena.

— ¡Ay, cabrón! — soltó Jonás.

— ¿Qué trais? — reculó el enano.

— No pos, sí es cierto eso que dicen de los enanos.

— Ja, ja, ja, ja ¿de que tenemos tres patas?

Jonás asintió, al tiempo que alargaba el brazo para dar un gran trago a la botella de whisky barato. Justo ahí le vino la idea.

— ¿Qué tal la hembrita, eh?

— Uf, hermano, lo que daría yo por tener un mujerón de esos aunque fuera media hora — añoró el enano.

— ¿Ah, sí? — punzó Jonás de nuevo — ¿Y qué darías por pasar una noche entera con ella?

— Si lo tengo... Lo que sea, hasta mi vida.

Jonás explicó al enano el acuerdo que tenía con Edna, que consistía básicamente en ayudarla a conseguir hombres con vergas grandes, a cambio de whisky y Rivotril. También le advirtió lo que ella haría con la báscula. No fue difícil convencer al enano, ni siquiera hizo el intento por pensarlo. El sí llegó más pronto de lo esperado y en la mente borracha de Jonás se dibujaron las tres cajas de licor que el entusiasmado chaparro le prometió como paga.

Al día siguiente, Jonás apareció por la carnicería y buscó el momento oportuno para hablar con Edna.

— ¿Un enano?

— Sí.

— Pero, ¿qué crees que soy? Una cosa es meterme contigo porque ya bañado cambias y no estás tan mal; pero de ahí a meterme con un fenómeno de circo...

— No le saques — Jonás buscó la complicidad en la mirada de Edna —. El chaparro ya te vio con el Tomás junto a la jaula de los tigres. Aparte, ya ves lo que dicen de los enanos. Él está puesto... hasta me contó las porquerías que quiere hacerte.

— Déjame pensarlo.

— Necesito que me digas ya, porque el circo se va mañana.

— ¿Cómo cuáles porquerías te dijo? — preguntó Edna devolviendo la mirada cómplice a Jonás.

Ni bien hubo terminado la jornada en la carnicería, Edna se cambió de ropa ante los ojos agüitados de Tomás. Sabía que era inútil pedirle a su esposa que no lo hiciera. Ahora solo quedaba la esperanza de que lograra pronto su objetivo, porque la situación ya lo tenía al borde del deschavete. Tomás toleraba la búsqueda de Edna y lo que implicaba. Creía que al actuar así no solo la protegía, sino también sanaba algo de su orgullo herido, de su hombría puesta en entredicho por todo Pueblosolo.

Un taxi escupió a Jonás y al enano unas cuabras antes de la casa materna de Edna. El resto del trayecto lo caminaron haciendo pausas para dar tragos a la botella.

— Mejor no — dudó el enano.

— No seas joto — tronó Jonás —. Ya estamos aquí. Te digo que no pasa nada. A lo mejor te ciscas al principio, pero te aseguro que vale la pena.

— Es que no conozco mucho de mujeres. Siempre tengo que pagarles para que cojan conmigo y al ver a este forrazo, pues no me la creo.

— Chaparrito, recuerda la fecha porque hoy será un día grande para ti.

Las palabras se terminaron junto con la botella. Los nudillos de Jonás llamaron a la puerta y esta se abrió. Los dos entraron, dejando que un atardecer raro y turbio cayera sobre Pueblosolo.

Jonás se movía con paso seguro: conocía bien la

casa. Mientras avanzaban, veía de reojo al enano, cuyas pupilas, dilatadas por las emociones encontradas, buscaban alguna señal que le hiciera saber que todo estaba bien.

—Mejor vámonos.

—No seas puto, chaparro. Ya estamos aquí. El trabajo era atravesar esa puerta, lo demás ya está pelado.

Jonás se sentó en el sillón grade de la sala e invitó al enano a que hiciera lo propio. Frente a ellos había una mesa pequeña de centro, con una licorera de cristal cortado y varios vasos encima.

El enano sentía como si trajera los huevos en la garganta. Aquella sala le pareció un espacio insondable. Su corazón bombeaba cabronamente y las ganas que había sentido antes de estar con Edna eran las mismas que ahora le decían que saliera corriendo. La comida a medio digerir protestó en su estómago. Sintió el sabor acre del picante regurgitado. Jonás lo rodeó con el brazo para tranquilizarlo y darle confianza.

—Tranquilo, chaparro. Esto se parece mucho a los experimentos de la escuela, ¿qué no te acuerdas?

—Nunca fui a la escuela.

—Bueno, pues —punzó Jonás, mientras preparaba dos tragos—, ten para que te relajes.

Edna apareció ante ellos. La mezclilla de sus pantalones parecía una segunda piel. Podían verse a la perfección la curvatura de sus caderas, sus piernas. La blusa, roja, holgada y transparente que llevaba puesta revelaba las maravillas que había debajo y la promesa de una noche inolvidable para cualquiera.

El enano apuró su trago. Sintió ganas de vaciar las tripas. Cuando Edna se agachó para servirse un trago, el enano abrió los ojos tanto como su asombro lo permitió y entonces pudo contemplar sin pudor aquellas nalgas perfectas y redondas que estaban a milímetros de él. Ni siquiera la bailarina más buena del circo se parecía a esta mujer. Las curvas de Edna catapultaron su imaginación y volvieron a calentarlo, como cuando la vio coger con Tomás en el área de las jaulas del circo.

Ella se sentó en medio de ambos sin decir palabra. De vez en vez, acariciaba su cabello con las ma-

nos. El enano sintió que brincaba su bragueta. Tenía el pulso disparado.

—Entonces —Edna rompió el silencio—, ¿ya te explicó Jonás de qué se trata?

—A...aalgo así.

—Bien —acotó ella—. Solo espero que sea cierto lo que dicen de ustedes los enanos... Ah, y que cumplas con todas las porquerías que le dijiste a este que me harías.

Jonás se cambió de sillón para ver mejor el espectáculo. Edna, a su vez, se levantó, se quitó el pantalón y se acercó hasta que tuvo el rostro del enano frente a su pubis. Sus dedos hicieron a un lado la tanga y se hundieron en su vagina hasta salir empapados. Edna los frotó en los labios del enano. Después se agachó y le pegó las nalgas en la cara.

La naturaleza y los movimientos de Edna hicieron lo suyo. Aunque también ayudó la mezcla de whisky y Viagra que el enano bebió sin saber. Muy pronto sintió el calor que empezaba en la nuca y terminaba en su entrepierna. Los latidos del corazón no eran nada en comparación con los que sentía en la verga, que cada vez se ponía más dura.

Edna apenas creía lo que estaba viendo. El enano realmente parecía tener una tercera pierna. Le pidió que se parara sobre el sillón y el chaparro, desinhibido por el alcohol, obedeció a la mujer que ya manipulaba su verga para medirla y constatar los treinta y cinco centímetros que le habían caído del cielo.

El enano se dejó hacer. Edna tomó la verga y, antes de meterla en su boca, la comparó con su antebrazo. Eran casi del mismo tamaño. Su mano apenas alcanzaba a rodear el diámetro de aquella maravilla, entonces vino el momento esperado. En cuanto la báscula indicó cuatrocientos gramos, Edna la arrojó y sentó al enano en el sillón y volvió a chupársela.

La sentía deslizándose entre el paladar y la lengua. Intentó meterla toda, hasta casi tocó su epiglotis y contuvo las arcadas que no eran de asco, sino de una felicidad que no cabía en la boca. Acompañaba cada maniobra con un jugueteo de lengua en el frenillo del glande, tal y como había aprendido con los helados.

Al sentarse sobre la verga del enano sintió que la partían en dos. Luego, vinieron las porquerías prometidas, el sudor, la saliva, los gemidos y esa embestida final que le puso sus ojos en blanco. Y así, clavada como mariposa, en la verga de un enano, Edna sintió que por fin adquiriría verdadero significado todo el camino que recorrió desde el último verano con tía Zafiro, tanto que lo dejó venirse dentro, a manera de regalo.

Ni el enano ni Jonás pudieron intuir lo que sucedería luego de que el primero eyaculara en medio de una oleada de gemidos y estertores, todavía con la verga dura debido a la mezcla de sildenafil y alcohol. Lo último que sintieron ambos fue un golpe seco en la cabeza que los sumió en una oscuridad total.

La inconsciencia hace que el tiempo parezca una chiste mal contado, quizás por eso a Jonás le pareció que habían trascurrido años desde que recibió el chingadazo. Quiso sobarse la cabeza, pero descubrió que estaba maniatado y que la sangre escurría por su frente. Gritar tampoco era una opción, debido al calcetín metido en su boca y a la cinta industrial que lo mantenía en su sitio mediante varias vueltas que abarcaban los cachetes y las orejas.

Jonás trató de enfocar la vista lo mejor que pudo y logró ver al enano, amordazado, amarrado boca arriba, sobre la mesa de centro. También vislumbró la verga enorme, todavía erecta, como si se tratara del rascacielos pornográfico en una ciudad a escala.

Ahí estaban Edna y Tomás. Hablaban, pero no alcanzaba a escuchar bien lo que decían, aunque definitivamente tenía que ver con su destino y el del enano. Edna sostenía un frasco largo como los que usaba para elaborar las salmueras. Tomás, a su vez, empuñaba un cuchillo filetero.

De haber salido vivo, Jonás nunca hubiera logrado arrancar de su memoria la imagen de Tomás al momento de castrar al enano, mientras los ojos de este se desorbitaban a causa del dolor y los gritos ahogados por la mordaza. Tampoco hubiese podido olvidar la imagen de Edna con el miembro cercenado, aún lleno de sangre, en las manos para luego meterlo al frasco, mientras su esposo caminaba hacia él dispuesto a degollarlo como borrego.

La mañana siguiente llegó con la misma calma de todas las mañanas en Pueblosolo. Las calles estaban listas para el tráfico habitual y un sol acojonado se negaba a salir por completo. A las afueras, la familia circense levantaba el tenderete para irse. Nadie parecía advertir la ausencia del enano ni la de Jonás. Los chismosos dirían después que los vieron juntos emborrachándose y que seguro se fueron con el circo días después.

Como cada día, Tomás y Edna abrieron la carnicería y se alistaron para recibir a la clientela. La primera en llegar fue la chica encargada del albergue para perros sin dueño, quien no se cansó de agradecer la generosidad del matrimonio, luego de haberles obsequiado varios kilos de carne molida, suficiente para garantizar una semana de alimento nutritivo para los cachorros.

—Ojalá que se les siga cumpliendo todo lo que buscan —agradeció la chica.

—Ojalá que sí —secundó el matrimonio.

Edna sonrió satisfecha. Tomás le devolvió la sonrisa y esperó a que ella entrara primero a la carnicería para poder clavar su mirada en las hermosas nalgas de su esposa.